

derrota sepultando vivas a las infelices hechiceras en el tope de los morros. Así se explicaría cómodamente el nombre que se les ha dado y que subsiste hasta el presente.

Tal es la leyenda de «Las tres viejas».

LUIS SORACTA

(Colegial)

EL GRAN FILOSOFO AFRICANO: SAN AGUSTIN

¡ Cartago ! Hé aquí un nombre familiar a los oídos de cualquier hombre medianamente culto, y la imagen que de ordinario suscita en las gentes es la de la patria de Aníbal. Mas la Cartago del siglo IV no es ya la metrópoli fenicia, es una ciudad pronunciadamente romana. Si bien en sus dilatados contornos se observaban rezagos de los antiguos pobladores con vestigios de sus costumbres y su lengua, en la ciudad reedificada después de las guerras púnicas, el tren de gobierno, la magistratura, los espectáculos, todo era importado de Roma. Por su lujo y magnificencia brillaba entre las primeras ciudades del imperio, al par de Antioquía y de Alejandría misma. Sus habitantes, apasionados por las artes, se agolpaban en sus plazas para aplaudir al retórico o al sofista de moda. Ya desde el siglo II la ciudad se captó el dictado de *la musa de Africa*.

El cristianismo había hecho allí su aparición y producido a su vez sus hombres ilustres y sus oradores, a quienes en tiempos de persecución se seguía, para oírlos, a las grutas del desierto o a los sarcófagos abandonados. Afinado en el crisol de la prueba, el culto cristiano al fin salió victorioso y se hizo público. En el siglo III el Africa romana contaba doscientos obispos. Verdad que las disensiones no tardaron en producirse:

hubo cismas y herejías, y donatistas y maniqueos y pelagianos agitaron las noveles cristiandades ultramarinas:

En medio de esa Babel de opiniones religiosas y de pasiones humanas, aparece un hombre extraordinario, de imaginación ardiente y con una alma ávida, sí, de placeres, pero también de distinción y de ciencia. Ese hombre fue San Agustín.

Aurelio Agustín vio la luz en Tagaste el año 374, hijo del pagano Patricio y de la ilustre Santa Mónica; lució en las escuelas de Cartago, de Roma y de Milán y murió, Obispo de Hipona, al tercer mes del asedio que los vándalos pusieron a la ciudad, el 28 de agosto de 430. Quince siglos corridos sobre su tumba no han logrado eclipsar su figura esclarecida.

Genio de los mayores y más universales que ha tenido la humanidad, como filósofo es comparable a Platón, como orador apenas cede al Crisóstomo, como teólogo es el precursor del águila de Aquino y entre los místicos cristianos es el primero. Supo llevar a la santidad todas las riquezas, todas las energías, toda la sensibilidad de su alma ardiente y magnífica.

El pensamiento filosófico de San Agustín se encuentra esparcido en todas sus obras, que son muy numerosas. Quien quiera darse cuenta de él, preciso es que siga la marcha de su alma tan agitada.

Su primer amor fue para las bellas letras y las cosas sensibles. A los 19 años la lectura del *Hortensius* de Cicerón dio una nueva orientación a su espíritu. Un año después estudió por su cuenta las *Categorías* de Aristóteles, hecho que puede considerarse como su entrada definitiva en el templo de la filosofía.

El problema del origen del mal inquietó su alma y, no pudiendo resolverlo, abrazó la doctrina dualista o sea de los dos dioses, uno bueno y otro malo, doctrina que estaba encarnada por entonces en la secta de los ma-

niqueos, venida de los remotos confines de la Persia. Perteneció a esta secta por espacio de nueve años, sin llegar a ser jamás un adepto convencido.

En seguida, la duda surge en su alma y se inclina un momento al escepticismo académico; pero como el escepticismo no es una doctrina sino la negación de toda doctrina, éste no le satisfizo y viró hacia las teorías epicúreas, acaso porque ellas halagan la vida de los sentidos. Mas una cosa le repugnó y acabó por detenerle en este camino, y es que el epicureísmo arruina la tesis de la inmortalidad del alma, y Agustín sentía inmortal la suya.

Entre tanto llegaron a sus manos algunos libros platonícos, que le entusiasmaron en términos de que el platonismo vino a ser para él sinónimo del ideal. Entonces escribió estas palabras: «La filosofía es la que ahora me nutre y me calienta; ella me ha librado de supersticiones; ella me enseña que no hay que conceder demasiado amor a lo que perciben los ojos, a lo que hiere los sentidos». (Contra Académicos, II).

Por otra parte, la gracia sobrenatural hacía su labor oculta y poderosa, valiéndose ya de su madre, Santa Mónica, ya del grande Obispo de Milán, San Ambrosio, ya de algunos amigos. Lo cierto es que Agustín, a la edad de treinta y dos años, por un golpe de la gracia divina se convierte, y su espíritu, tanto tiempo desasosegado, ve por fin la anhelada luz. Intranquilo está nuestro corazón mientras no descansa en Dios, *irrequietum est cor nostrum donec requiescat in Te*.

Entonces comienza la época más fecunda de su vida intelectual. Recibe el bautismo, luego se ordena presbítero y se retira a hacer penitencia en la soledad africana y allí funda su benemérita Orden. No cesa entre tanto de estudiar, de meditar y escribir, progresando día por día y al fin, obispo ya, emprende la revisión de sus

propias obras, y el que había escrito sus *Confesiones* para dolerse de sus extravíos juveniles, en la tarde de la vida, escribe sus *Retracciones* para corregirse de algunos errores filosóficos. Allí pasa revista a sus 94 obras anteriores; conviene, sin embargo, advertir que las *Retracciones* muchas veces no tuvieron necesidad de ser más que una revisión y no una verdadera retractación.

Tres épocas pueden considerarse en sus escritos, las cuales corresponden a las tres etapas principales de su vida. La primera es la de los años anteriores a su conversión; la segunda corre desde esta época hasta su elevación al episcopado, y la tercera, desde su episcopado hasta su muerte. Los críticos estiman importante esta distinción para seguir los pasos a su pensamiento.

El libro *Sobre la belleza* pertenece a la primera época; los libros: *Contra los académicos*, *De la vida bienaventurada*, *Del orden*, *Los soliloquios*, *Sobre la inmortalidad del alma*, *De la música*, *Del maestro*, *Contra los maniqueos*, *Del libre albedrío*, *Las Confesiones*, *Sobre la naturaleza del bien*, pertenecen a la segunda, y *Del alma y su origen*, *Las retracciones* y la grandiosa *Ciudad de Dios*, pertenecen a la tercera, para no mencionar sino algunas obras, y ellas las de mayor carácter filosófico.

Metafísica e historia, retórica, artes y moral, todo lo abarca su mente prodigiosa; escribe sobre la música lo mismo que sobre el libre albedrío; analiza el proceso psíquico de la memoria y razona magistralmente sobre la decadencia del imperio romano. Ninguna palabra más vibrante que la suya; es toda vida, movimiento y alma. No escribe por el mero propósito de componer un tratado, sino para atender a las necesidades de sus contemporáneos, o bien a las de su propio espíritu. Sus palabras son acciones; raras veces disertada, casi siempre dialoga, si no con alguno de sus semejantes, con Dios o con su alma. Ruega a la ver-

dad que se le deje ver cara a cara; conjura a Dios a revelararle el bien y la belleza, y cuando lo consigue, se extasía en entusiastas acciones de gracias. De ahí lo episódico de sus obras, lo variado de sus notas, y de ahí también sus lagunas, sus oscuridades y sus contradicciones, aparentes más bien que reales. Su pensamiento avanza continuamente: «quien me leyere, dice con ingenuidad en sus *Retracciones*, encontrará cómo al escribir he ido progresando».

San Agustín representa el punto culminante de la filosofía de los Padres de la Iglesia. Sin tener la pretensión de analizarlo, baste que señalemos algunos de sus más importantes servicios a la filosofía cristiana.

En primer lugar, creó una aplicación nueva y trascendental de esta ciencia cuando ensaya, el primero, descubrir la ley providencial del progreso humano, en cuyo desarrollo toman parte toda suerte de elementos, aun los que parecen adversos: los cuales, en las manos de la Providencia, se truecan en instrumentos de un plan universal. Tal es lo que se ha llamado la *filosofía de la historia*, iniciada por él con certera pluma en la *Ciudad de Dios*, y cultivada en siglos posteriores por un Bossuet, un Vico, un Herder....

En segundo lugar, San Agustín estableció con singular precisión las relaciones entre la filosofía y la revelación, sin amenguar la una ni la otra y sin romper la armonía que debe reinar entre las dos. La filosofía, aunque inferior a la fe, enseña el gran pensador, no pocas veces la engendra, la nutre, la defiende, la fortifica; *fides per philosophiam gignitur, nutritur, defenditur, roboratur*.— «Yo, dice, me alejo igualmente de los hombres que no santifican la filosofía por medio de la religión, y de los hombres que no ilustran la religión por medio de la filosofía». (*De ordine*, III, 20).

Por último, San Agustín allegó casi todos los ma-

teriales filosóficos tomados de las escuelas antiguas que habían de servir más tarde al suntuoso edificio que iba a levantar Santo Tomás de Aquino. Las obras agustianas son la vasta cantera trabajada en todas direcciones. Se ha dicho por eso que si el doctor Angélico fue el Salomón que fabricó el templo majestuoso de la sabiduría cristiana, San Agustín fue el David que preparó con mano generosa las ricas maderas, los mármoles y pórfidos.

En nadie como en él se armonizan tan bien la dialéctica más acerada, el afecto más sincero y la sensibilidad más exquisita. Define la sabiduría diciendo que es «no tanto la ciencia cuanto la amorosa investigación (*diligens inquisitio*) de las cosas humanas y divinas que atañen a la vida bienaventurada». Y es porque el santo doctor busca la verdad no sólo para conocerla sino para amarla.

Pondérese la fuerza del argumento que para probar la divinidad de Jesucristo hace en la *Ciudad de Dios*. Hélo aquí en suma: «O Jesucristo ha obrado grandes milagros para establecer a los ojos de los hombres su divinidad y, por consiguiente, es Dios; o no los ha obrado. Pero en este caso resulta un milagro aún más sorprendente y portentoso, es a saber que un *hombre*, condenado como vil criminal y sacrificado en un patíbulo entre dos malhechores, ha conseguido después de su muerte hacerse reconocer y adorar como *Dios y soberano señor del universo* por todo cuanto ha habido de más distinguido, de más noble y puro en la especie humana».

Este argumento, poderoso allá en los comienzos del siglo V, hoy, después de quince centurias más, en que a los primeros adoradores de *Cristo-Dios* han venido a sumarse incomparables falanges de artistas, de poetas, desabios, de hombres buenos, cobra una fuerza incontrastable ante la cual se deshacen como espuma las nove-

lescas invenciones el *Jesús-mito* de los escritores racionalistas acaudillados por Strauss y por Renán.

Para ennoblecer estas líneas que hemos consagrado a la memoria del gran filósofo africano es bueno que les pongamos áureo remate con un trozo lleño de extática poesía que tomamos del libro X de las *Confesiones*, el cual dejará pálidos los elogios que hemos querido tributar. ¡Escuchad!, no es la música de las esferas de la filosofía pitagórica, es el himno de las criaturas de la mística cristiana.

«¿Qué amo, oh Dios mío, cuando a Tí amo?—No la gallardía del cuerpo, ni la pompa de la edad; no el esplendor de la luz, deleite de los ojos; no las dulces melodías de variados y suavísimos cantares; no la sutil fragancia de las flores, de los bálsamos y aromas; no el rico manjar del maná, ni la miel; no las formas que invitan la carne a las caricias del abrazo.

«No es esto lo que amo cuando amo a Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz y cierta voz y cierto perfume y cierto alimento y no sé qué íntimo abrazo, cuando te amo a Tí, Dios mío; luz, voz, perfume, alimento, abrazo del alma, donde brilla lo que el espacio no es capaz de incluir, donde suena lo que el tiempo no puede arrebatarse, donde trasciende lo que no esparce la brisa, donde sabe lo que el gustar no amengua, donde se estrecha lo que el fastidio no enturbia; esto es, lo que amo cuando te amo a Tí, Dios mío.

«Y ello, por ventura, ¿qué es? —Lo pregunté a la tierra, y me dijo: 'no soy yo', y todo cuanto en ella se contiene me hizo la misma confesión. Interrogué a la mar y a los abismos y a sus monstruosos vivientes, y me respondieron 'no somos tu Dios, búscale, sobre nosotros!'. Hice la pregunta a las auras susurrantes, y me replicó el piélago del aire con sus alados moradores: 'se engañó Anaximenes, no soy tu Dios!'. Inte-

rrogué, en fin, al cielo, al sol, la luna, las estrellas, y: 'tampoco nosotros somos el Dios que buscas', respondieron.

«Dije entonces a todos los seres que se agolpaban en torno de mis sentidos: 'me habéis declarado que no sois mi Dios, decidme al menos algo de El'. Y todos a una, con gran voz, exclamaron: 'El nos ha creado'!».

FRANCISCO M. RENJIFO

OPTIMI LIBERATORIS LAUDES

quas hispanico sermone sacerdos Choquehuanca, parochus pagi vulgo Pucará, in Peruvia, cecinit, et nuperrime in latinum Marcus Lombo transtulit.

*Silvestrum cupiens hominum ingens condere regnum,
Praefecit Deus imperio Manco Capac illi.
Progenies heu! deliquit, tunc tradidit ipsam
Pizarro cupido. Poenas tria saecula postquam
Expendit scelevis, clementia denique nostri
Quam miseresceret, arcessivit te. Vir es ergo,
Quem miro omnipotens operi extulit absolvendo.
Nil aequatur adhuc rebus gestis ubicunque,
Queis admirandum semper te civibus offers;
Resque tuas imitari gestas si audeat alter,
Libertatem opus est alii dare, ponere mundo.
Quinque ensis mucrone tui populi nascuntur,
Qui sese incremento mirifico evolventes,
Extollent famam quo nullius attingit almo
Divinoque afflatu. Saecula quum labantur,
Ut, dum declinat sol, umbrae, laus tua crescet.*

Bogotae a. d. XVIII KAL. Febr. anni MCMXXXI.

CHOQUEHUANCA AL LIBERTADOR, en el Alto Perú.